

Los Libros

SOBRE MI "BREVE HISTORIA DE LA LITERATURA CHILENA"

Cuando el editor Frank de Andrea me pidió que le escribiera una *Breve Historia de la Literatura Chilena*, mi contestación fue: no. La razón: yo no deseaba meterme en ese ambiente envenenado. A instancias de varios escritores chilenos acepté por fin, aunque uno de ellos previó lo que iba a pasar, diciéndome: "Caerá usted en el pozo de los leones".

Leyendo la última reseña de mi libro publicada en *Atenea*, número 377, página 281, me doy cuenta de que yo y mi amigo de Berkeley, teníamos razón. Mi reseñador no agradece en absoluto esta contribución al estudio de la literatura chilena hecha en el extranjero y que ya está demostrando ser de gran importancia a los escritores de mi patria fuera de ella. Tampoco se ha dado cuenta del significado de la palabra "breve". Mi reseñador se equivoca al creer al pie de la letra lo que lee. Cuando lee en mi libro "El punto de vista de los críticos chilenos ha sido tomado en cuenta constantemente, etc.", él exclama: "Quiere decirnos el autor que no es mucha la originalidad que debemos esperar de su visión". Cuando yo digo: "Se han omitido muchos nombres de escritores muy jóvenes", mi reseñador observa: "¿Por qué se omiten escritores... como Gustavo Ossorio y Gonzalo Rojas, o Baltasar Castro?" y cuando a continuación agrega: "¿Con una visión incompleta y superficial de nuestra literatura se facilita su conocimiento en el extranjero? Sobran las respuestas":

prueba que no está obrando de buena fe, pues si ha demostrado lo incompleto de la obra por la ausencia de Ossorio, Rojas y Castro no ha demostrado lo superficial.

Cuando mi reseñador me critica por decir que Oscar Castro tiene “una distinguida obra poética” y juzga que esto indica “un criterio de exposición blando, nada riguroso en la terminología, extemporáneo, etc.”, cae simplemente en lo cursi, y busca tres pies al gato. Cae en el mismo error al suponer que yo no conozco la biografía de Oña, al afirmar yo que el hecho “de que Oña naciera en Angol y llegara a ser lo que fue indica un fenómeno digno de mención... y la fuerza de penetración de la cultura española del siglo XVI”. Lo que mi reseñador no sabe —a pesar de que, según él, conoce mi libro *La gran literatura iberoamericana*— es que yo he escrito bastante sobre Oña y hasta intenté con Raúl Silva Castro hacer una edición del *Vasauro*. Para demostrarle que “el Lunarejo” no me es desconocido le refiero a mi ensayo sobre este escritor en mi libro *Ensayos literarios*, publicado por Fondo de Cultura Económica, y no me venga a repetir con criterio de bachiller: “Juan de Espinosa Medrano, “el Lunarejo”, autor de un raro e interesante *Apologético en favor de don Luis de Góngora*”, porque yo podría pensar que eso de “raro e interesante” no es nada riguroso en la terminología.

Mi reseñador cae a menudo en el criterio cuantitativo y se molesta por la extensión dedicada a ciertos escritores en la *Breve Historia*. “Así resulta, clama él, caprichosa la extensión del estudio de cada autor. A Gabriela se le conceden treinta líneas, y el mismo número a Eduardo de la Barra —mediano versificador del siglo pasado— y a Juan Marín”, lo cual no es exacto, y le ruego a mi reseñador que vuelva a contar las líneas con más exactitud y menos mala intención; le ruego además que lea todos los trabajos de don Eduardo y que se fije en que a Edwards Bello dedico cincuenta líneas y a Manuel Rojas, cuarenta y una. ¿O le dio miedo mencionar estos nombres?

A mi reseñador le desagrade que yo coloque a “Alone”, Silva Castro y Latcham en el período del postmodernismo. Esto lo llama

él “caprichoso” y escribe: “La terminología “postmodernismo”... posee significación *precisa* que cualquier lector de la magistral *Antología*... de Federico de Onís, puede conocer y aplicar con exactitud”. El hecho de que yo no copie lo que se dice en “antologías magistrales” y que dé otra connotación a los conceptos, puede indicar a mi reseñador que poseo alguna originalidad.

Al hablar de las omisiones de mi *Breve historia* mi reseñador se desahoga y me increpa por no haber incluido entre otros a Pedro Balmaceda Toro, Pedro Ruiz Aldea, Moisés Vargas, Francisco Herra, Antonio Acevedo Hernández, María Carolina Geel, Nicolás Palacios, Gonzalo Bulnes, Alberto Cabero. Estos se los dejo a mi reseñador por si escribe alguna vez esa historia perfecta de la literatura chilena que él desea. También le dejo a los dramaturgos, y como él se queja de que incluya en mi libro sólo a siete mujeres escritoras, le ofrezco a él el otro centenar, y le doy además la posibilidad de comenzar su historia con la sublime prosa de don Pedro de Valdivia, o con alguna carta perdida de Coño Coño.

Cuando leo el último juicio de mi reseñador, “en el libro no aparece el verdadero rastro de nuestra literatura y nada añade al prestigio de que goza su autor en el mundo hispánico”, la única frase que se me viene a la mente es decirle: “pastelero a tus pasteles”.

Esto de “el prestigio de que goza su autor en el mundo hispánico” y lo otro con que encabeza su bilioso artículo: “Arturo Torres-Rioseco es vastamente conocido en América y Estados Unidos”, es revelador, y un tanto freudiano. —Quíteme, Míster Juan Loveluck (o como quiera que se llame), algunos libros de prestigio y póngalos en su haber, que usted los necesita y a mí no me hacen falta, porque yo estaba por acá muy feliz hasta que por generosidad me metí en ese ambiente envenenado y me dejé empujar al pozo de los leones... dorados.—*Arturo Torres-Rioseco.*

